

CAPITULO XII.

GOBIERNO DEL BRIGADIER D. JOSÉ CRESPO Y HONORATO. (1).

SUMARIO.

Su llegada y toma de posesión.—Sus antecedentes.—Sus actuales circunstancias.—Es enérgico y firme.—Levantamiento de indios en Cistell.—Exageradas proporciones que se dan al hecho.—Créese una conflagración universal destinada á dar muerte á cuantos llevasen en sus venas sangre europea.—La confusión y el desorden de los amotinados facilitan su derrota por las fuerzas del gobierno.—Jacinto Can Ek, jefe de los rebeldes.—Su perfil intelectual y moral.—Cruel asesinato del comerciante Diego Pacheco.—Los rebeldes se dirigen al templo.—El teniente de cura de Sotuta termina la misa y marcha á dicha población, donde da aviso al capitán á guerra D. Tiburcio Cosgaya.—Muere este jefe y nueve de sus soldados en el temerario intento de aplastar á todos los sublevados, sólo con diez hombres.—Bárbaros excesos contra los cadáveres.—Jacinto Can Ek, proclamado cacique.—Los vecinos de raza española convierten su terror en exasperación contra los indios.—Permanece apacible y sumisa la inmensa mayoría de éstos.—El cacique de Tiholop secunda la insurrección.—Salen indios de algunos pueblos y ranchos y van á engrosar sus filas.—El gobernador no se duerme.—Sus providencias eficaces contra los insurrectos.—Hace de general en jefe Don Cristóbal Calderón de la Helguera, y tiene bajo sus órdenes á los capitanes D. Juan Díaz y Don Manuel Rejón y al coronel Don Estanislao del Puerto.—Prodigiosa rapidez con que se reúnen y sitian á Can Ek.—Quiméricas imaginaciones en que se

(1) *Museo Yucateco*, tomo I, página 429.—*El Fénix*, número 11.—*Registro Yucateco*.—*El Fénix*, número 74.—Compendio de la Historia de Campeche por D. Manuel A. Lanz.—*El Fénix*, números 79 y 72.

traducía la excitación reinante en toda la provincia.—Crespo y Honorato se ve obligado á tomar medidas excepcionales.—Hace obligatorio el pasaporte para entrar y para salir de las villas y ciudades.—Prohíbe la venta de pólvora ó plomo á los indios.—Decreta, so pena de muerte, que todos los indios entreguen á la autoridad sus escopetas.—Manda que se abstengan de usar sus instrumentos de música, bailes ó mitotes indígenas.—Alarmante noticia relativa al barrio de Santiago.—Consternación de las familias.—Les devuelve la tranquilidad el Sr. Crespo y Honorato, después de enterarse directa y personalmente de todo.—Sangriento asalto contra los rebeldes.—Jacinto Can Ek y otros se refugian en la hacienda denominada Huntulchac.—Las fuerzas acaudilladas por Puerto ensangrientan su triunfo.—Desalojan de Huntulchac al enemigo, mediante una refida escaramuza.—Jacinto Can Ek, con algunos secuaces suyos, se escapa y en la sabana de Sibac, se propone ocultarse y reorganizar sus fuerzas.—Calderón de la Helguera envía tropas contra él, las cuales con habilidad y vigor aprehenden á los rebeldes, y los conducen á la presencia de dicho general.—Calderón de la Helguera los remite para ser juzgados á la capital.—Pasan de quinientos los indios detenidos en las cárceles de Mérida.—Los juzga el gobernador, siendo su asesor el Lic. D. Sebastián Maldonado.—Admirable rapidez con que se forma el sumario.—Penas que se imponen.—Muerte de Can Ek y de ocho compañeros suyos.—Cisteil es arrasado.—La corte aprueba la sentencia y su ejecución.—El Lic. Maldonado, alcalde mayor de Tabasco.—Tras no escaso trabajo, logra el general Calderón que la rebelión se extinga en Tiholop y otros pueblos.—Su solemne entrada en Mérida.—Recompensas en favor suyo.—Reacción contra la raza indígena.—Muerte del brigadier D. José Crespo y Honorato.—Le sucede D. Juan Antonio Ainz de Ureta.—Codicia de este gobernante.—Es reemplazado, á pesar de su oposición, por el nuevo teniente de rey de Campeche, D. José Alvarez.—Renace la tranquilidad y se restablecen las pacíficas relaciones entre españoles é indios.—Toma posesión del gobierno eclesiástico el Illmo. Sr. Fr. Antonio Alcalde.—Caridad ardiente de este prelado.—Sus visitas pastorales.—Suspende la secularización de los curatos.—Estímulos para el cumplimiento del deber y el adelanto en los estudios.—Funda y dota en el Seminario la cátedra de Teología.—Perfecciona el reglamento de este establecimiento.—Fomenta la enseñanza y promueve la restauración de la Universidad.—Aumenta el culto, dota las iglesias pobres, alivia á innumerables desgraciados, enseña con el ejemplo y con la palabra la

moral más pura y se distingue en el cuarto concilio mejicano.—D. José Alvarez resigna la autoridad en manos de D. Felipe Remírez de Estenoz, quien toma posesión.—Antecedentes de Remírez de Estenoz.—Su brevísimo gobierno.—D. José Alvarez vuelve á encargarse del gobierno y, á poco, da posesión del cargo al Mariscal de campo D. Cristóbal de Zayas y Guzmán.

ANTES de la salida de Yucatán del mariscal D. Alonso Fernández de Heredia, había llegado, en Abril de 1761, su sucesor D. José Crespo y Honorato, quien inmediatamente tomó posesión del gobierno. Había sido el señor Crespo militar inteligente y denodado en su juventud; pero á la sazón estaba anciano y achacoso, sin embargo de lo cual, mostró bastante firmeza y energía en las graves circunstancias que le tocaron. Porque, á raíz de su encumbramiento, el 22 de Noviembre de 1761, llegó á Mérida la noticia de un levantamiento de indios en el pueblo de Cisteil, partido de Sotuta, que puso en conmoción á toda la península, dándose al hecho por los vecinos de raza española, un tamaño mucho mayor del que en realidad tenía y apuntándole como una muestra de la conflagración universal de la raza maya para destruir la dominación española en Yucatán y, por ende, matar ó expulsar de su territorio á cuantos llevasen en sus venas sangre europea; pero no fué nada de eso, pues no pasó de un motín de pueblo, al cual, después de estallado, se unieron, sin previa conspiración, algunos escasos pueblos y formaron un grupo de rebeldes que,

por su misma confusión, desorden y desarreglo, pudieron ser fácilmente aplastados por las bien organizadas fuerzas del gobierno colonial.

Sucedió que por esa época se celebró la fiesta de Cisteil, á la cual según la costumbre acudieron muchos forasteros, y entre ellos, un tal Jacinto, indio ladino, natural, según unos, del barrio de San Román ó Santa Lucía de Campeche, y según otros, del barrio de Santiago de Mérida, si bien todos convienen en que había recibido de los franciscanos instrucción esmerada que no había sabido aprovechar por su carácter levantisco, turbulento y sus malas costumbres, cualidades todas que lo habían convertido en un calvatrueno ansioso de exhibirse y ostentarse, aunque fuera por el escándalo. De allí fué que, en la fiesta de Cisteil, pronto se hizo notar y, en la conjunta ó asamblea que se acostumbraba celebrar para disponer y arreglar el proyecto de la fiesta del año venidero, su voz y opinión se hicieron preponderantes: su imaginación acalorada por las muchas libaciones, enardecida por la indigesta lectura de la historia de la conquista del país por los españoles, que tuvo oportunidad de hacer cuando se instruía en el convento de los franciscanos de Mérida, desnaturalizó con su palabra y excitaciones la conjunta de fiesta convirtiéndola en motín cuya primera víctima fué el comerciante Diego Pacheco, cruelmente asesinado por una turba de beodos. Queriendo continuar el desahogo de sus sanguinarias impresiones, se dirigieron al templo donde, á la sazón, decía misa el te-

niente de cura de Sotuta; mas contenidos por el respeto de los sagrados oficios, se propusieron esperar que éstos terminasen: el ruido que hicieron, al entrar, y el clamor de voces descompuestas hizo comprender al sacerdote el peligro que corría, y confirmado, en sus temores, por las noticias espeluznantes que le dió el sacristán, determinó salvarse por medio de la fuga y, al efecto, mientras concluía la misa, mandó preparar secretamente un caballo, y terminado el santo sacrificio, montó rápidamente y se evadió por una puerta excusada tomando el camino de Sotuta, á donde apenas llegado, fué á contar los graves sucesos, que pasaban en Cisteil, al Capitán á guerra D. Tiburcio Cosgaya.

Al saber este empleado que, en los límites de su jurisdicción, se había perturbado el orden público, se indignó sobremanera y, como hombre resuelto y de valor, se propuso caer rápidamente sobre los rebeldes, aplastarlos, hacer un ejemplar con ellos y poder noticiar á sus jefes, al mismo tiempo, el estallido del motín y su inmediata represión. Mandó reunir cien hombres con qué llevar á cabo su pensamiento; mas, inquieto y exasperado, no pudo esperar que esta fuerza estuviese lista y, fiando en su denuedo, se puso á la cabeza de diez hombres de á caballo y marchó á Cisteil, á pesar de las súplicas del teniente de cura de Sotuta que, conociendo las fuerzas de los rebeldes, le representaba el peligro que corría con ir tan desprevenido. Nada lo detuvo y, al cerrar la noche, penetró hasta la plaza de Cisteil en mo-

mentos en que los rebeldes, parapetados en la azotea de la Iglesia, tras las albarradas de los solares, y los corpulentos árboles, le hicieron un fuego graneado del cual resultaron muertos el mismo Cosgaya y nueve de sus soldados: su teniente que venía á darle auxilio con mayor fuerza, contramarchó al saber tan funesto desenlace y, al llegar á Sotuta, llevó el pánico más terrible, que no tardó en propagarse hasta la Capital, en tanto que los sublevados, en la elación de tan inesperado triunfo, ejercieron bárbaros excesos en los cadáveres y proclamaron como cacique á Jacinto con el apelativo de Can Ek.

El profundo terror que se despertó en los vecinos de raza española con la perspectiva de una insurrección general de la raza indígena, fué seguido de una exasperación que se desató en amenazas contra los indios, los cuales en su inmensa mayoría permanecieron apacibles y sumisos. Apenas el cacique de Tiholop secundó la insurrección de Cisteil, y algunos indios de Ichmul, Tinum, Ekpeo, Nenelá, Tahchibichen y algunos ranchos fueron á engrosar sus filas. En tanto el Gobernador Crespo no se dormía, sino que con toda eficacia hizo requisiciones de dinero para los gastos de la guerra y dictó prontas y rigurosas medidas para sofocar la insurrección: dió el mando de la división de operaciones á D. Cristóbal Calderón de la Helguera que había sido el primero en acudir al teatro de la guerra, mandó levantar seiscientos hombres en el partido de la Sierra, que con doscientos infantes y veinte dra-

gonos de Mérida, doscientos cincuenta hombres del batallón de milicias de Campeche, una compañía del batallón de Castilla, dos piezas de campaña, cuatrocientos hombres de Valladolid y quinientos cincuenta de Sotuta y Yaxcabá, formaron un grueso de ejército suficiente para debelar la incipiente rebelión. Como hemos dicho, hacía de general en jefe D. Cristóbal Calderón de la Helguera, mandando las fuerzas de Campeche el Capitán Juan Díaz, las de Valladolid el Capitán D. Manuel Rejón, y las de Sotuta y Yaxcabá el Coronel D. Estanislao del Puerto, que ocupaba el puesto de segundo cabo de la fuerza de operaciones.

Dieronse órdenes perentorias á Calderón de atacar inmediatamente á los rebeldes; pero, aunque con la prontitud y espontaneidad de sus combinaciones impidió la propagación de la rebelión á los pueblos comarcanos, no emprendió el sitio de Cisteil mientras no tuvo á la mano fuerzas suficientes, de modo que estuviese en aptitud de cubrir sus flancos y retaguardia: después del terrible fracaso de Cosgaya la prudencia y previsión eran de necesidad.

No obstante, no tuvo que esperar mucho tiempo, pues fué prodigiosa la rapidez con que las tropas del gobierno se reunieron, en términos, que cuando Jacinto Can Ek, conociendo lo indefendible que era Cisteil, quiso trasladarse á Nenéla, en donde algunas alturas favorecían la defensa, no pudo realizar su propósito porque Calderón y Puerto le cerraron el paso y le obli-

garon á encerrarse en Cisteil, al mismo tiempo que la retaguardia dispersaba algunas masas de indios que venían en auxilio de los rebeldes.

Entretanto, en Mérida y en el resto de la provincia, reinaba gran terror y la consiguiente excitación, la cual se traducía en mil quiméricas imaginaciones: se decía que se habían interceptado comunicaciones circulares de los amotinados incitando á los demás indios á secundarlos, que Jacinto Can Ek era hechicero y se había coronado con cínica profanación, pues que había tomado la corona de oro de la imagen de Nuestra Señora de los Angeles de Cisteil para ponerse en la cabeza, que un sirviente semanero de cierta familia de Mérida había sido cogido en flagrante delito de poner vidrio molido en el pan que debía servirse á la mesa de sus amos; que un levantamiento general de indios estaba dispuesto para la noche de navidad de aquel año, y que, en Mérida, la conflagración había de revestir carácter horripilante, pues estaba arreglado, entre los conspiradores, que todos los sirvientes indios, que vivían en casa de los vecinos de raza española, incendiasen las moradas de éstos y que, al salir ellos y sus familias huyendo de las llamas, fuesen despedazados con hacha y machete, con la única excepción de las mujeres, que se reservarían para unir las en matrimonio con los indios principales.

Tan siniestros rumores formaban una atmósfera pesada que influía en la opinión y en el gobernante, el cual se vió obligado á tomar